

Dominaciones y denominaciones: Medio Oriente, países árabes e Islam

HERNÁN G. H. TABOADA

Resumen

El artículo trata de las denominaciones de "Oriente", "Medio Oriente", "países árabes" e "Islam", habituales en la prensa y en escritos académicos. La historia de cada término muestra que su uso actual es de origen europeo ("occidental"), y no está desvinculado de la hegemonía europea y del "orientalismo" denunciado por Edward Said. Inconscientemente, la terminología europea fue adoptada por los mismos "orientales".

Abstract

Analyzing the historical background of the denominations "East", "Middle East", "Arab countries" and "Islam", of common use in media and academic writings, the author of this article reveals how much their current use is of European ("western") wrought, fused to European hegemony and to the "Orientalism" denounced by Edward Said. These European terms have been unconsciously adopted by the "Orientals" themselves.

El hombre puso nombres a todos los ganados, a las aves del cielo y a todos los animales del campo.

Génesis 2:20.

Quien domina, nombra: Adán en el famoso pasaje del *Génesis*; Colón, siguiendo sus pasos, en el Nuevo Mundo, así como todos los colonialismos habidos. Los párrafos que siguen quieren señalar que los términos de *Medio Oriente*, *países árabes* e *Islam*, en su actual uso, son un producto más de la gran denominadora de nuestros tiempos: la civilización moderna de origen europeo.

Oriente y Occidente

Ya desde la Antigüedad empezó a desarrollarse un esquema que hoy es familiar: el de un Oriente contrapuesto a un Occidente; el esque-

ma es visible en los pensadores griegos, aunque para ellos *anatolé* (“oriente”) sólo tenía un significado geográfico; en cambio, los romanos, que adoptaron el esquema griego, ya utilizaron el término *oriens* no sólo para designar al punto cardinal de donde salía el Sol, sino también a los países por ellos conocidos que estaban situados en aquella dirección. En la Europa posterior esta acepción persistió y a partir del siglo XVIII el pensamiento político iluminista hizo que el “Oriente” aumentara su extensión, hasta abarcar una inmensa región desde Hungría hasta Japón. Tal crecimiento, que no pudo alcanzar el más preciso, y luego olvidado, término de *Levante*, se debe no sólo al aumento de los conocimientos geográficos, sino también al perfeccionamiento de un paradigma: el del Oriente como espejo de Europa —que no es el caso examinar aquí.

El origen eurocentrista que esta historia señala también puede descubrirse con una mínima reflexión: sólo desde Europa se puede hablar de *Oriente* para nombrar a países como Egipto, India o Persia. Se trata de un caso más de etnocentrismo que no debe llamar la atención; sí en cambio debería hacerlo la adopción del término en el imaginario de los mismos que así habían sido denominados. Para permanecer en las regiones que hemos elegido en este estudio, señalemos, entre miles de posibles casos, que se ha calcado en árabe el término de “orientalista”, *mustashbrig*, aunque así expresado el término adquiere un cierto matiz desiderativo.¹ También puede mencionarse un discurso de Anuar el Sadat de 1957, donde habla de una batalla del Oriente (que abarca desde el Atlántico a China) contra el Occidente; el primero es religioso, caracterizado por valores, mientras que el segundo es materialista, ávido, no es una civilización sino un modo de vida que interpreta los valores en el sentido del progreso material.² Multitud de lugares comunes largamente madurados se acumulan en esta referencia, y posiblemente se expliquen en el posterior autor de la *infitab* egipcia en función del momento en que vivía; lo que debe señalarse es la orientalidad autoatribuida, que es enteramente tributaria de las concepciones europeas y que tuvo un lugar importante en el debate árabe contemporáneo.³

¹ Edward G. Browne, *A literary history of Persia*, Cambridge, Cambridge University Press, 1969, t. II, p. 8.

² Citado en Anouar Abdel Malek, *La pensée politique arabe contemporaine*, París, Seuil, 1970, t. 2, pp. 338 y ss.

³ Jacques Berque, *Los árabes de ayer y de mañana*, México, FCE, 1964, pp. 50-51.

Entre los musulmanes, en efecto, no vemos antes de la época moderna una dicotomía semejante. “Oriente” y “Occidente” nunca pasaron de ser términos geográficos; como en Mashrek y Magreb, nombres de las regiones del este y el oeste del mundo árabe. Si uno de los dos términos tenía mayor atractivo, sería el primero, debido a su asociación con el Sol naciente: de este modo Avicena hablaba de la “sabiduría de los iluminados” con un término que permite también traducir la expresión como “sabiduría de los orientales”.

Medio Oriente

Una subdivisión del Oriente, de más reciente aparición y por lo tanto de historia mejor rastreable, es la que considera tres regiones: el Lejano, el Medio y el Cercano Oriente. Considerable confusión rige en torno a las dos últimas subpartes: ambas alternan en los textos periodísticos o académicos y hay ligeros desacuerdos entre la aplicación de estos nombres por parte de ingleses, franceses y alemanes, y entre su uso en distintas épocas. Una pequeña historia del nombre aclara considerablemente las cosas.

En el siglo pasado existía una vaga terminología por la cual el Cercano Oriente estaba constituido por las regiones más próximas a Europa, mientras que el Lejano giraba en torno a Japón y China. Quedaba, sin embargo, una zona intermedia; el arqueólogo David Hogarth intentó ampliar las fronteras del Cercano Oriente y en su obra *The Near East* (1902) señaló para el mismo una extensión desde Albania hasta Persia. Una división de más aceptación fue la propuesta por el famoso almirante norteamericano Alfred Thayer Mahan (1840-1914), el conocido teorizador del poderío naval en la historia; en un artículo, también de 1902, en torno al conflicto angloruso en Asia, Mahan adelantó el nombre de *Middle East*, excusándose por el neologismo utilizado; éste tuvo éxito, y poco después el corresponsal del *Times*, Valentine Chirol, lo usó proponiendo implícitamente una división en la cual el Lejano Oriente estaba formado por China y sus regiones adyacentes, como Corea o Japón; el Medio Oriente se centraba en la India y abarcaba desde Indochina a Persia, y el Cercano Oriente tenía su centro en lo que hoy es Turquía y comprendía lo que en la época era el Imperio Otomano, o

sea, las regiones desde Albania hasta Arabia. Independientemente de los reparos que puedan hacerse a la pertinencia de esta división, es evidente que reflejaba las condiciones políticas del momento: el Imperio Otomano era un organismo aún vigoroso y comprendía amplios territorios europeos; lo que hoy es el Estado turco (que no se llamaba así en la época) se hallaba, pues, en el centro de una unidad que se podía pensar coherente: el Cercano Oriente.

Éste abarcaba también, por lo tanto, las regiones que hoy conocemos como *Medio Oriente*, término que Mahan centraba sin embargo, en la India. Es difícil explicar el posterior traslado; posiblemente se deba a la pérdida de "orientalidad" de las regiones europeas del Imperio Otomano, que se independizaron en las dos primeras décadas de nuestro siglo, y proclamaron un europeísmo que aún no termina de convencer, achicando de esta forma el Cercano Oriente. Pero hay una explicación más puntual: a partir de 1918 Gran Bretaña gozó de preminencia indiscutida en las regiones situadas entre Egipto y La India, cuya defensa dependía de dos comandos militares: el *Near East* y el *Middle East Command*. En 1932 las operaciones aéreas fueron unificadas bajo el *Middle East Command*, que siguió conservando su nombre. Durante la Segunda Guerra Mundial, la jefatura de la comandancia de los Ejércitos Aliados fue disputada por Francia e Inglaterra, que terminaron dividiéndosela de manera que a Francia tocó la del *Proche Orient* y a Gran Bretaña la del *Middle East*. Con la caída de Francia, el gobierno de Vichy siguió controlando por un tiempo su *Proche Orient*, pero un comando del *Middle East* inglés se trasladó a El Cairo, desde donde controló las operaciones militares de una zona que pasó por ello a formar parte del *Middle East*. Después de la guerra no se volvió a las denominaciones anteriores: Churchill argumentó que un millón de ingleses habían muerto por el *Middle East* en Egipto o Siria, por lo que estos países deberían seguir siendo parte del mismo, que adquiriría así una extensión enorme: desde Gibraltar hasta Birmania.

Sin embargo, la referencia a la India como país del Medio Oriente fue cayendo en desuso y hoy, como vimos, el término se reserva para el que antes era el Cercano Oriente; esta forma subsiste todavía pero es sintomático que sea empleada sobre todo fuera del ámbito anglosajón (*Proche-Orient, Naher Osten, Vicino Oriente*) y por parte de los estudiosos de sus civilizaciones más antiguas. Se ha dado, por

cierto, un intento de revivir este término en la jerga de las relaciones internacionales, por parte de quien asegura que sólo la situación de la guerra fría hizo olvidar la unidad de los países de los Balcanes, Anatolia y Asia occidental.⁴ No obstante, es la denominación de *Medio Oriente* la que gana terreno en la prensa. Sin embargo, no se sabe exactamente su extensión: ¿comienza en Afganistán, en Persia? ¿Comprende a Chipre? ¿Es lícito, como se hace en los últimos años, incluir en el mismo a los países del norte de África, que no son en nada “orientales” para los europeos? Indudable resulta, por otro lado, la aceptación del término por los mismos habitantes del impreciso “Medio Oriente”. Hay que notar, en efecto, que es término muy usado en la prensa árabe y que una difundida revista saudí se llama *Al Shark al ausat*, literalmente “el Medio Oriente”.⁵

Países árabes

Un rastreo análogo habría que hacer en torno a la exacta correspondencia del término *árabe*: por ejemplo, ¿son árabes todos los países que pertenecen a la Liga de los Estados Árabes?⁶ En ella figuran países como Somalia o Yibuti, con un porcentaje pequeño de arábfonos. Pero a fin de cuentas se trata de dudas menores: hay acuerdo en que los países árabes son aquellos donde se habla mayoritariamente el árabe, y que están por tanto bastante bien definidos. Esta acepción, sin embargo, es bastante reciente.

Vayamos a la historia primitiva del término: la más remota mención de los árabes aparece en una inscripción del rey asirio Salmanasar III (859-825 a.c.) y luego el nombre se reitera en las inscrip-

⁴ Robert E. Kaplan, “There is no ‘Middle East’”, *Turkish Review*, vol. 7, núm. 34, Estambul, 1993, pp. 89-93.

⁵ Sobre la historia del término Medio Oriente, véase Roderic H. Davison, “Where is the Middle East?”, *Foreign Affairs*, vol. 38, núm. 4, julio de 1960, pp. 665-675; C. G. Smith, “The emergence of the Middle East”, *Journal of Contemporary History*, vol. 3, núm. 3, julio de 1968, pp. 3-17; Alford Carleton, “Near East versus Middle East”, *International Journal of Middle Eastern Studies*, núm. 6, 1975, pp. 237-244.

⁶ La conforman: Arabia Saudita, Argelia, Bahrain, Comoras, Egipto, Emiratos Árabes Unidos, Iraq, Jordania, Kuwait, Líbano, Libia, Mauritania, Marruecos, Omán, Palestina, Qatar, Siria, Somalia, Sudán, Tunicia, Yemen y Yibuti, en total 22 países (23 si contamos por dos el nuevamente escindido Yemen).

ciones mesopotámicas, así como en las sabeas y aqueménidas y en la literatura bíblica; hay algún acuerdo en que puede derivar de la voz semítica *arab*, con el significado de “estepa, desierto”. Otro origen se señala a partir de un término hebreo que designaría a un pueblo de origen mezclado. Aunque no parece gozar de aceptación, esta etimología sería análoga a la de otros nombres de pueblos de las fronteras bárbaras, de alguna forma unidos en nuevas formaciones políticas: lélegos, pánfilos, alemanes, atarantes, habasha, pechenegos, etcétera.⁷ Ambas etimologías, así como las indicaciones de las fuentes antiguas, parecen indicar que se trataba de un nombre que los sedentarios de las zonas aledañas a Arabia aplicaron a los nómadas que los rodeaban. Como suele ocurrir, el término se fue extendiendo hasta abarcar a todos los nómadas.

Una ampliación natural de esta primera acepción fue en sentido territorial. Ya los persas aqueménidas tenían una provincia de Arabia, que debía de abarcar sólo los territorios más septentrionales de la península. Más tarde, griegos y romanos llamaron *Arabia* a toda la península, a la que dividían en una Arabia Pétreá, una Desierta y otra Feliz, y árabes eran sus habitantes, que, en documentos hebreos y romanos, hablan una lengua llamada *árabe*.⁸

El uso de estos términos fue adaptado de varias formas por los mismos habitantes de Arabia: en las inscripciones himiaritas los “árabes” son distinguidos de los “ciudadinos”; la poesía preislámica no habla de árabes y en el *Corán* (siglo VII) la denominación se reserva a los beduinos aunque conoce también otra acepción: la (¿nueva?) lengua en la que está escrito, que en esa época estaba desplazando a las demás de la península, se denomina precisamente *árabe*.

En los siglos siguientes, y en las diversas regiones donde se asentó el Islam, la denominación recorrió múltiples caminos: se mantuvo el uso coránico por el cual *árabe* era el nombre de la lengua en que estaba escrito el libro sagrado; por otro lado, como designación de grupos humanos, el término *árabe* siguió refiriéndose sobre todo a los beduinos, algunos de los cuales lo adoptaron como autode-

⁷ Edward William Lane, *An Arabic-English lexicon*, Londres, William y Norgate, 1874, s.v. al-'arab.

⁸ Sobre estos usos, véanse los artículos sobre Arabia en las varias enciclopedias bíblicas, judías o del mundo antiguo (*Pauly-Wissowa*, *Jewish Encyclopaedia*, *Reallexikon der Assyriologie*, *Reallexikon für Antike und Christentum* y otras).

nominación,⁹ por extensión, en África del Norte fue aplicado también al habitante del campo.¹⁰ Un uso exactamente contrario también está atestiguado: para algunos lexicógrafos, los árabes son los habitantes de las ciudades árabes (probablemente se referían a una primera época, cuando después de las conquistas iniciales las tropas provenientes de Arabia se asentaron y concentraron en ciudades fundadas para ellos en sus nuevos dominios); en Yemen, los árabes eran el pueblo, distinto a los nobles; en África subsahariana, árabes eran los musulmanes, independientemente de su color de piel.¹¹

La variedad semántica, agravada por la multitud de derivados (quizá también contaminados con otras raíces) estuvo acompañada por matices admirativos o despectivos de la palabra y por el ejercicio de los historiadores para distinguir entre árabes auténticos (los supuestos portadores primitivos de la lengua) y árabes arabizados (quienes la habían adoptado). En cambio, muy poco lugar hallaron dos acepciones que, por el contrario, prosperaron entre los pueblos vecinos: la que considera árabes a todos los arabófonos y la que lo hace con los habitantes de Arabia. La primera acepción está presente en las denominaciones persa y turca de *Arabistán*, que se refiere a las regiones del Asia árabe, y en una denominación como *Yazair al Arab*, "Argelia de los árabes", como llamaban los otomanos a Argel. En el uso europeo también hallamos esta acepción, junto a la segunda, derivada de los autores grecorromanos.

En muy escasa medida encontramos estos dos usos entre los habitantes de lo que hoy son los "países árabes". Existía la conciencia de un lenguaje común, el orgullo de poseerlo (el más bello de los lenguajes y aquel en que Dios se expresaba); de ahí la tradición, atribuida a Ibn Asakir (1106-1169), que reza: "El árabe no es el padre ni la madre de ninguno de vosotros; por lo tanto quien habla árabe es un árabe."¹²

⁹ Los beduinos pueden autodenominarse *badu*, o sea, beduino, pero el término honorífico es *árabe*. H. R. P. Dickson, *The arab of the desert; a glimpse into Badawin life in Kuwait and Sa'udi Arabia*, Londres, George Allen y Unwin, 1959, p. 108.

¹⁰ Édouard Brémond, *Berbères et arabes*, París, Payot, 1950, p. 74.

¹¹ Sobre estos significados véase el citado diccionario de Edward William Lane, donde reúne abundante material de los lexicógrafos árabes, y el *Oxford english dictionary*.

¹² Edward G. Browne, *op cit.*, t. I, p. 264.

Como acaba de decirse, opiniones como la que trasmite Ibn Asakir eran raras y en general los habitantes de Egipto o de Siria solían llamarse a sí mismos egipcios o sirios, o acudían a denominaciones de origen parroquial, confesional o laboral; eran entonces “tripolitanos”, “musulmanes” o campesinos. En cuanto a la península árabe, aunque la literatura geográfica se refiera a ella como “Yazirat al Arab”, o sea, “península (o isla) de los árabes”, no conocía una denominación común para sus habitantes: al testimonio ya citado de Dickson hay que agregar el del viajero inglés Charles Doughty (1876), quien escribió que en la península los beduinos son llamados *árabes*, mientras que los habitantes de las ciudades se autodenominan y son denominados por los beduinos *musulmanes*.¹³

En Europa también coexistieron varios usos: la influencia de los autores clásicos llevaba a repetir la división de la península de Arabia en tres zonas: Pétrea, Desierta y Feliz (las triparticiones, como la de Galia hecha por Julio César y la de los tres orientes de Mahan, parecen ser del gusto de los europeos) y a llamar *árabes* a sus habitantes; pero también en los escritos españoles de los siglos XVI y XVII, los árabes son los nómadas beduinos de África del Norte, opuestos a los moros, habitantes de las ciudades;¹⁴ esto refleja obviamente el uso que hacían los mismos habitantes de África del Norte, que estaban en estrecho contacto con los españoles después de las invasiones de tribus árabes que sufrió su región en el siglo XIII; en esta época y no en el siglo VII hay que datar la arabización de África del Norte y el inicio del repliegue del bereberismo. También se aplicó el término a grupos de indígenas amerindios por obra de los cronistas de Indias y, en la Inglaterra del siglo pasado, *árabes* eran los que en la América Latina de nuestros días se denominan *niños de la calle*.¹⁵ Sin embargo, lo más común fue que el nombre designara, de manera muy imprecisa, a todos los hablantes de árabe.

Las dos principales acepciones europeas no fueron completamente desconocidas en Arabia y en los otros países arabófonos, como se vio antes, pero se generalizaron tarde. Sólo a principios de este

¹³ Charles Doughty, *Travels in Arabia Deserta* (1888), Londres, Jonathan Cape, 2a. ed., 1936 (reimpr. Nueva York, Dover, 1979), t. 2, p. 476.

¹⁴ Miguel Ángel de Bunes Ibarra, *La imagen de los musulmanes y del norte de África en la España de los siglos XVI y XVII; los caracteres de una hostilidad*, Madrid, CSIC, 1989, pp. 101 y ss.

¹⁵ Véase *Oxford english dictionary*, *op. cit.*, s. v. “Arab”.

siglo los habitantes de la península podían ser llamados en conjunto *árabes*, como recordaba el viajero Wilfred Thesinger, quien contrastaba el uso anterior a la Primera Guerra Mundial, cuando árabes sólo había en la península, con el de la primera posguerra, cuando se multiplicaron los árabes en Iraq, Siria e incluso Egipto. Semejante cambio de significado fue uno de los factores que contribuyó a la mayor confusión en cuanto a los alcances de las promesas inglesas en la correspondencia entre el jerife Hussein de Meca y el comisariado MacMahon: después de la guerra, los ingleses sostuvieron que el título de “rey de los árabes” que habían prometido al jerife sólo se refería a las regiones de la península y no, como éste pretendía, a un reino que debería comprender las regiones arabófonas de Asia.

Al mismo tiempo, la denominación aplicada a todos los arabófonos fue adoptada en el uso culto y usada como símbolo de un movimiento hasta entonces desconocido: el nacionalismo árabe. Una temprana muestra de esta influencia europea se nos ofrece en relación con la misión de Beauvoisins (1789) ante Yazzar Bajá, el gran oponente de Napoleón Bonaparte; en la relación de esta misión hecha por dos historiadores árabes, muy influidos por los europeos, se nos habla de dos “cristianos de origen árabe”, denominación perfectamente lícita hoy día, pero muy rara hasta entonces.¹⁶ Este uso se iría extendiendo por obra del nacionalismo árabe; sería largo y fuera de lugar exponer aquí los antecedentes del mismo, sólo debe recordarse que fue muy tardíamente, en la primera década de nuestro siglo, cuando algunos círculos comenzaron a hablar de nacionalismo árabe, influidos por ideas provenientes de Europa o de las comunidades de emigrados árabes de Nueva York, São Paulo o Buenos Aires. En las décadas posteriores, el movimiento nacionalista creció enormemente, y hoy suenan extrañas las palabras pronunciadas por el ideólogo arabista Satih al Husri (1880-1969) en una obra sobre el arabismo, donde señala que los “países árabes” no se limitan, como algunos pretenden, a los países de la península arábiga; árabes eran “los que pronuncian la sad”, letra ésta que expresa un sonido considerado peculiar de esa lengua.¹⁷ La afirmación de Satih al Husri se dirigía contra un uso anterior a la influencia europea.

¹⁶ Henry Laurens, *L'expédition d'Égypte, 1798-1801*, Paris, Armand Colin, 1989, p. 116.

¹⁷ Citado en Anouar Abdel Malek, *La pensée politique arabe contemporaine*, Paris, Seuil, 2a. ed., 1970, pp. 209 y ss.; véase William L. Cleveland, *The making of an Arab nationalist*;

Islam

Queda, finalmente, la denominación *islam*. Ésta sin duda nació entre los musulmanes; aparece en el *Corán*, donde significa “sumisión”, con el sentido general de “fe, religión”. Otro significado, aquel que relaciona la palabra con la cultura de los portadores de la religión, apenas asomó con el término “dar al islam”, la “morada del islam”, que tiene connotaciones geográficas, aunque más bien se trata de la expresión territorial de la *ummah*, la comunidad islámica.¹⁸ No hay estricto acuerdo sobre las regiones que abarcaba: algunos teólogos opinan que son las regiones donde hay musulmanes; otros, que aquellas donde la ley islámica, la *sharia*, es aplicada. La discusión no es ociosa, ya que de su solución dependen cuestiones acerca de la licitud de guerrear contra determinados estados (infieles) o, para los musulmanes, de abandonar regiones donde no impera la *sharia*.

Sin embargo, se nota que en los últimos tiempos un nuevo significado se ha agregado al término: cuando hablamos de “países islámicos” es claro que se trata de aquellos donde la mayoría profesa el islam; cuando hablamos de “instituciones musulmanas”, nos referimos probablemente a las que están moldeadas por la influencia religiosa del islam; la “mujer musulmana” a su vez designa a la que está sometida a las costumbres que dicta la religión; por el contrario, cuando se oye hablar de “arte islámico”, de las “ciudades musulmanas” o de hallazgos de “arqueología islámica”, no queda claro cuál es la relación precisa de este arte, este trazado urbano o esa arqueología con la religión de Mahoma, como tampoco en muchísimas de las voces de las dos ediciones de la *Enciclopedia del Islam*.

Obviamente ha habido un deslizamiento semántico: para los musulmanes y los cristianos premodernos, el punto de referencia prin-

ottomanism and arabism in the life and thought of Satt' al Husri, Princeton, Princeton University Press, 1971, p. 119.

¹⁸ A. Abe sintetiza los conceptos en torno al Dar al Islam en el artículo “Dar al Islam”, *EI*, 2a. ed., t. II, pp. 130-131; que no sea un concepto territorial sino la expresión territorial de la *ummah*, señalan Manucher Parvin y Maurie Sommer, “Dar al Islam: the evolution of Muslim territoriality and its implications for conflict resolution in the Middle East”, *International Journal of Middle Eastern Studies*, núm. 11, 1980, pp. 1-21; agregan que el término se desarrolló en un medio cuyos componentes sociales (nómada y urbano/comerciante) rechazaban la noción de territorio limitado; una vez más fue la influencia europea, como hacen notar estos autores, la que dio carácter territorial al Dar al Islam.

principal era la religión: islámico era entonces lo referente a la misma. Por su parte, la Europa moderna enmarcó a la humanidad en construcciones llamadas “civilizaciones”, en cada una de las cuales la religión sería el principal elemento de identidad y denominación, pero no el único. Como ejemplo conspicuo, en las sociedades “arábica” e “iránica” descritas por Arnold Toynbee, el Islam deja de ser en primer lugar una religión y pasa a ser una civilización, dotada de un espíritu peculiar, del cual probablemente la religión era un subproducto más. El eminente islamista norteamericano Marshall Hodgson, consciente de este deslizamiento, propuso usar el término *islamic* para referirse a la religión, e *islamicate* para designar a la civilización.¹⁹ Un uso más sencillo puede consistir (como en este escrito estuve haciendo) en usar minúscula para el islam religión (como en *cristianismo*) y mayúscula para la civilización (como en *Cristiandad*).

Es notable que los mismos musulmanes hayan inconscientemente aceptado esta perspectiva, como muestra un ingenioso análisis realizado por el islamista canadiense Wilfred Cantwell Smith. Este autor examinó los títulos de libros escritos por autores musulmanes desde época antigua, donde figura el término *islam*; observó que en el *Corán* y en los libros escritos antes del último cuarto del siglo XIX el término aparece relativamente poco y cuando aparece lo hace sobre todo en referencia a la piedad personal. Con el tiempo fue apareciendo un significado secundario: *islam* pasó a designar la comunidad ideal de los que profesan esa fe; por último, asomó el significado que hoy prevalece: el de Islam como cuerpo de civilización; se ven, por ejemplo, títulos como *Historia del Islam* (incomprensible en el uso antiguo, de acuerdo con el cual el islam intemporal no puede tener historia). Esto denota un proceso de reificación que también puede detectarse en las otras grandes religiones. Aunque la reificación ya aparece en autores del siglo XIV, el propósito de este artículo nos lleva a subrayar las afirmaciones de Cantwell Smith en torno a la fuerte influencia europea sobre este proceso: mucho peso tuvieron en él las traducciones de autores europeos, las polémicas que los

¹⁹ Marshall D. G. Hodgson, *The venture of Islam*, Chicago y Londres, University of Chicago Press, 1974, vol. 1.

musulmanes levantaron contra ellos y la obra de autores árabes no musulmanes, como el sirio cristiano Yuryi Zaidan.²⁰

Conclusiones

Lo anteriormente expuesto aporta los ejemplos más notables de una de las dimensiones menos comentadas de la hegemonía mundial adquirida por la civilización de origen europeo: la facultad de imponer sus modos de nombrar. Colón, nuevo Adán dotado de un afán de poner nombres en el Nuevo Mundo, constituye un modelo de los colonialismos posteriores.²¹ En lo que respecta a la región que hemos estudiado, otros numerosos ejemplos se podrían agregar; los nombres de muchos países musulmanes han sido de variable manera influidos por el uso europeo. Vemos lo ocurrido con Egipto: aunque su nombre en árabe, *Misra*, deriva de una vieja denominación semítica, que aparece en la *Biblia*, en documentos mesopotámicos, hititas y micénicos y en el mundo extramusulmán se conoce al país a partir del nombre, de origen incierto, que los griegos le asignaron (a partir de Homero) y los europeos retomaron: *Egipto*. Un nombre de origen semítico es *Siria* (¿forma de *Asiria*?, ¿derivado de *Sur*, la ciudad de Tiro?), que fue transmitido por los griegos a los europeos y que éstos devolvieron e impusieron en su forma actual a la región. La etimología de *Jordania* es griega, a partir del río Jordán, que fue bautizado así por los macedonios y que por el otro bautizo célebre, el de Jesucristo, hizo su nombre famoso y luego lo extendió a la región convertida en Estado por obra de los ingleses después de 1918. *Libia*, denominación arcaizante sin ninguna raíz local, fue impuesta por los italianos; la de *Turquía* es un calco del uso que los europeos hicieron de un término otomano que en sí era despectivo, el cual servía para designar a campesinos incultos.

Desde esta América inexplicablemente "Latina" no podemos sino comprobar la antigua verdad del dicho *nomen est omen*.

²⁰ Wilfred Cantwell Smith, "The historical development in islam of the concept of islam as an historical development", en Bernard Lewis y P. M. Holt (eds.), *Historians of the Middle East*, Londres, Oxford University Press, 1962, pp. 484-502; L. Gardet, "Islam", en *Et*, 2a. ed., t. IV, pp. 171-174.

²¹ Tzvetan Todorov, *La conquista de América; la cuestión del otro*, México, Siglo XXI Editores, 1987, p. 35.